LECCIONES DEL ACUERDO NACIONAL

SERGIO MOLINA S. [1]

Tuve el privilegio de participar en todo el proceso del Acuerdo Nacional desde que me llamara Monseñor Fresno, entonces Arzobispo de Santiago y posteriormente nombrado Cardenal, hasta el aparente fracaso por la negativa sistemática del gobierno del general Pinochet de abrirse al diálogo.

Desde luego que fue muy honroso para mí que los representantes de los once Partidos Políticos que formaban el Acuerdo Nacional me designaran como coordinador de sus actividades, con posterioridad a la firma del mismo.

La primera reacción del gobierno militar fue muy negativa, como asimismo la de algunos de sus ideólogos más cercanos. Desde el comienzo consideraron el Acuerdo como una amenaza y ocultaron su pensamiento profundo con frágiles argumentos, como fue el hecho de que no se hubiera comunicado al gobierno en forma oficial y anticipada el contenido del mismo.

---

[1]. Ingeniero Comercial. Ministro de Planificación y Cooperación entre el 19 de julio de 1990 y el 11 de marzo de 1994. Ministro de Educación Pública en 1994 - 1995. N. del E.

Pasaron cuatro meses desde el 25 de Agosto de 1985 hasta el 24 de Diciembre del mismo año, en que hicimos todos los intentos, formales e informales, para reunirnos con representantes del gobierno. A veces parecía que se produciría una reunión rodeada de grandes reservas, a las cuales siempre estuvimos dispuestos a concurrir, pero en el último minuto algo ocurría y fracasaba el intento.

Pedimos audiencias formales en todos los niveles del gobierno que tenían la jerarquía necesaria para tratar tan importante tema. Sólo en una oportunidad fuimos recibidos, José Zabala y yo, por el actual diputado Alberto Cardemil que en esa época se desempeñaba como Subsecretario del Ministerio del Interior. En esa reunión entregamos en forma oficial el Texto del Acuerdo Nacional, sólo para cumplir una formalidad ya que el Gobierno había dado su opinión contraria. Además reiteramos nuestro interés de hablar con el Ministro, lo que nunca ocurrió.

El fracaso de los sucesivos intentos por tener un diálogo con el Gobierno, creó tensiones al interior de los miembros del Acuerdo. Con seguridad ese era el propósito de la estratégia gubernamental, ya que se hacía cada vez más indigno permanecer tranquilo y en lo posible, silenciosos, frente a un trato odioso y prepotente.

Por cierto, no fué tarea fácil mantener vivo el Acuerdo en esas circunstancias, pero siempre había la suficiente generosidad para superar las contradicciones que se hacían evidentes en nuestras reuniones y se trasparentaban hacia la opinión pública, amplificadas por los medios de comunicación.

Todo fue posible de superar hasta el día 24 de Diciembre de 1985, fecha en que el General Pinochet recibió al Cardenal Fresno y le dijo que *"dieran vuelta la hoja"*, que no deseaba hablar del Acuerdo Nacional. Acusó a la Iglesia de inmiscuirse en política y señaló que él había dado instrucción de no recibirnos.

En estas condiciones convoqué a una reunión del Acuerdo el mismo día

24 de diciembre en la tarde y dí cuenta de la conversación. Ese fue el fracaso aparente del Acuerdo Nacional. Digo fracaso aparente porque las bases del Acuerdo estuvieron presente en todo el diseño de la recuperación democrática, su espíritu hasta hoy está vigente y muchos de sus actores son personas importantes en la vida política nacional.

Más que entregar al lector un anecdotario de lo ocurrido en esos meses de infatigables intentos por hacer efectivo el Acuerdo Nacional y de una paciente búsqueda de equilibrios internos para no romperlo, deseo dar un testimonio de la lección que me dejó esa experiencia.

Antes de escribir estas líneas me dejé invadir por los sentimientos que surgían del recuerdo de esos tiempos y en particular, el de los participantes.

El primero es de gratitud. Los dirigentes políticos depositaron la confianza en mí y se logró un comportamiento razonablemente disciplinado dadas las circunstancias, lo que fué especialmente delicado por la información que se daba de las reuniones y por la tendencia natural a los protagonismos en la vida política. Una gran lección que recogí es la importancia de la discresión cuando se trata de un tema político delicado. Una información trasmitida en forma ambigua, o la diversidad de informantes de un mismo hecho, puede ser motivo de contradicciones mayores surgidas muchas veces de un detalle. Una lección que me ha quedado grabada es la importancia de la discresión, disciplina y veracidad.

El segundo sentimiento que me surge es el de la confianza.

Sólo algunos de los miembros del Acuerdo Nacional se conocían entre sí, más bien predominaba inicialmente un alto grado de desconfianza y hasta rencor, por la relación culpable que algunos miembros asignaban a dirigentes que habían estado cerca del gobierno militar, al cual responsabilizaban de sus propios sufrimientos o el de los familiares y amigos.

Las primeras reuniones fueron muy tensas, pero poco a poco el conoci-

miento mutuo fue derritiendo prejuicios, abriendo comprensiones y creando lazos de afecto, lo que permitió realizar las reuniones en un ambiente más distendido y confiado, aunque se mantenían las diferencias de pensamientos que ninguno ocultaba y que ponía el límite para tratar sólo lo que se había acordado.

Una lección fué la importancia de la confianza entre las partes comprometidas y la necesidad de acotar con precisión las materias a tratar, especialmente cuando se pretende llegar a acuerdo con quienes no se comparte el mismo pensamiento político. Me quedó claro, entonces, la necesidad de crear confianza, y definir en forma clara los temas de Acuerdo y de no engañar, introduciendo tópicos que no corresponden a las materias acordadas.

El tercer sentimiento es el de generosidad.

No se puede avanzar en el perdón o en la comprensión del otro si no se tiene una actitud generosa. Si pienso que voy a imponer la totalidad de mis convicciones y no estoy dispuesto a dejarme convencer por el otro, mejor no participo de un acuerdo. Esa fué la actitud del gobierno del general Pinochet, pero fué muy distinta la que se dió al interior de los participantes del Acuerdo. Todos tuvieron que ceder con relación a sus posiciones iniciales. Nadie pretendió avanzar sin transar. Nadie se sintió poseedor de toda la verdad. De ahí viene el recuerdo de generosidad, que está muy ligado a la humildad. El soberbio no transa, y es la peor de las condiciones humanas para construir la democracia.

Ubiquémosnos hoy día y veamos como podemos aprovechar estas hermosas lecciones del Acuerdo Nacional, cuyo espíritu estoy cierto revolotea muy cerca de los grandes responsables de la dirección política de ayer y de hoy.